

andaba por aquella casa tendiendo ropa en el balcón, limpiando los muebles ó cargando los colchones, cual si fueran cojines, para sacarlos al aire, parecía una figura de otros tiempos; al menos así lo pensaba Rubín, que sólo había visto belleza semejante en pinturas de amazonas ó cosa tal. Otras veces le parecía mujer de la Biblia, la Betsabé aquella del baño, la Rebeca ó la Samaritana, señoras que había visto en una obra ilustrada, y que, con ser tan barbianas, todavía se quedaban dos dedos más abajo de la sana hermosura y de la gallardía de su amiga.

En los comienzos de aquella vida, Maximiliano abandonó mucho sus estudios; pero cuando fué metodizando su amor, la conciencia de la misión moral que se proponía cumplir le estimuló al estudio, para hacerse pronto hombre de carrera. Y era muy particular lo que le ocurría. Se notaba más despierto, más perspicaz para comprender, más curioso de los secretos de la ciencia, y le interesaba ya lo que antes le aburría. En sus meditaciones solía decir que *le había entrado talento*, como si dijese que le había entrado calentura. Indudablemente no era ya el mismo. En media hora se aprendía una lección que antes le llevaba dos horas y al fin no la sabía. Creció su admiración al observarse en clase contestando con relativa facilidad á las preguntas del profesor y al notar que se le ocurrían apreciaciones muy juiciosas; y el profesor

y los alumnos se pasmaban de que *Rubinius vulgaris* se hubiese despabilado como por ensalmo. Al propio tiempo hallaba vivo placer en ciertas lecturas extrañas á la Farmacia, y que antes le cautivaban poco. Algunos de sus compañeros solían llevar al aula, para leer á escondidas, obras literarias de las más famosas. Rubín no fué nunca aficionado á introducir de contrabando en clase, entre las páginas de la *Farmacia químico-orgánica*, el *Werther* de Goethe ó los dramas de Shakespeare. Pero después de aquella sacudida que el amor le dió, entróle tal gusto por las grandes creaciones literarias, que se embebecía leyéndolas. Devoró el *Fausto* y los poemas de Heine, con la particularidad de que la lengua francesa, que antes le estorbaba, se le hizo pronto fácil. En fin, que mi hombre había pasado una gran crisis. El cataclismo amoroso varió su configuración interna. Considerábase como si hubiera estado durmiendo hasta el momento en que su destino le puso delante la mujer aquella y el problema de la redención.

—Cuando yo era tonto—decía sin ocultarse á sí mismo el desprecio con que se miraba en aquella época que bien podría llamarse antediluviana,—cuando yo era tonto, éralo por carecer de un objeto en la vida. Porque eso son los tontos, personas que no tienen misión alguna.

Fortunata no tenía criada. Decía que ella

se bastaba y se sobraba para todos los quehaceres de casa tan reducida. Muchas tardes, mientras estaba en la cocina, Maximiliano estudiaba sus lecciones tendido en el sofá de la sala. Si no fuera porque el espectro de la hucha se le solía aparecer de vez en cuando anunciándole el acabamiento del dinero extraído de ella, ¡cuán feliz habría sido el pobre chico! A pesar de esto, la dicha le embargaba. Entrábale una embriaguez de amor que le hacía ver todas las cosas teñidas de optimismo. No había dificultades, no había peligros ni tropiezos. El dinero ya vendría de alguna parte. Fortunata era buena, y bien claros estaban ya sus propósitos de decencia. Todo iba á pedir de boca, y lo que faltaba era concluir la carrera y... Al llegar aquí, un pensamiento que desde el principio de aquellos amores tenía muy guardadito, porque no quería manifestarlo sino en sazón oportuna, se le vino á los labios. No pudo retener más tiempo aquel secreto que se le salía con empuje, y si no lo decía reventaba, sí, reventaba; porque aquel pensamiento era todo su amor, todo su espíritu, la expresión de todo lo nuevo y sublime que en él había, y no se puede encerrar cosa tan grande en la estrechez de la discreción. Entró la pecadora en la sala, que hacía también las veces de comedor, á poner la mesa, operación en extremo sencilla y que quedaba hecha en cinco minutos. Maximiliano se abalan-

zó á su querida con aquella especie de vértigo de respeto que le entraba en ocasiones, y besándole castamente un brazo que medio desnudo traía, cogiéndole después la mano basta y estrechándola contra su corazón, le dijo:

—Fortunata, yo me caso contigo.

Ella se echó á reír con incredulidad; pero Rubín repitió el *me caso contigo* tan solemnemente, que Fortunata lo empezó á creer.

—Hace tiempo—añadió él—que lo había pensado... Lo pensé cuando te conocí, hace un mes... Pero me pareció bien no decirte nada hasta no tratarte un poco... Ó me caso contigo ó me muero. Este es el dilema.

—*Tié gracia... ¿Y qué quiere decir dilema?*

—Pues esto: que ó me caso ó me muero. Has de ser mía ante Dios y los hombres. ¿No quieres ser honrada? Pues con el deseo de serlo y un nombre ya está hecha la honradez. Me he propuesto hacer de ti una persona decente, y lo serás, lo serás si tú quieres...

Inclinóse para coger los libros que se habían caído al suelo. Fortunata salió para traer lo que en la mesa faltaba, y al entrar le dijo:

—Esas cosas se calculan bien... No por mí, sino por ti.

—¡Ah, ya lo tengo pensado; pero muy bien pensado!... ¿Y á ti, te había ocurrido esto?

—No..., no me pasaba por la imaginación. Tu familia ha de hacer la contra.

—Pronto seré mayor de edad—afirmó Rubín con brío.—Opónganse ó no, lo mismo me da...

Fortunata se sentó á su lado, dejando la mesa á medio poner y la comida á punto de quemarse. Maximiliano le dió muchos abrazos y besos, y ella estaba como aturdida..., poco risueña en verdad, esparciendo miradas de un lado para otro. La generosidad de su amigo no le era indiferente, y contestó á los apretones de manos con otros no tan fuertes, y á las caricias de amor con otras de amistad. Levantóse para volver á la cocina, y en ella su pensamiento se balanceó en aquella idea del casorio, mientras maquinalmente echaba la sopa en la sopera... «¡Cármame yo!... ¡pa chasco!... ¡y con este encanijado!... ¡Vivir siempre, siempre con él, todos los días... de día y de noche!... ¡Pero calcula tú, mujer..., ser honrada, ser casada, señora de Tal..., persona decente!...»

V

Maximiliano solía contar algunos particulares de la familia de Rubín, por lo cual tenía ella noticias de doña Lupe, de Juan Pablo y del cura. Con los detalles que el joven iba dando de sus parientes, ya Fortunata les conocía como si les hubiera tratado. Aquella noche, excitado por el entusiasmo que le produjo la resolución de casamiento, se dejó decir, tocante á su tía, algo

que era quizás indiscreto. Doña Lupe prestaba dinero, por mediación de un tal Torquemada, á militares, empleados y á todo el que cayese. Hablando con completa sinceridad, Maximiliano *era partidario* de aquella manera de constituirse una renta; pero él, ¿qué tenía que ver con los actos de su señora tía? Ésta le amaba mucho y probablemente le haría su heredero. Tenía una papelera antigua, negra y muy grande, de hierro, frente á su cama, donde guardaba el dinero y los pagarés de los préstamos. Gastaba lo preciso, y de mes en mes su fortuna aumentaba sabe Dios cuánto. Debía de ser muy rica, pero muy rica, porque él veía que Torquemada le llevaba *resmas* de billetes. En cuanto á su hermano Juan Pablo, ya se sabía á ciencia cierta que estaba con los carlistas, y si éstos triunfaban, ocuparía una posición muy alta. Su hermano Nicolás había de parar en canónigo, y quién sabe, quién sabe si en obispo... En fin, que por todos lados se ofrecía á la joven pareja horizontes sonrosados. En estas y otras conversaciones se pasaron la prima noche, hasta que se retiró Maximiliano á su casa, quedándose Fortunata tan pensativa y preocupada que se durmió muy tarde y pasó la noche intranquila.

El amante también estaba poco dispuesto al sueño; mas era porque el entusiasmo le hacía cosquillas en el epigastrio, atravesándole un bulto en el vértice de los pulmones, con lo que

le pesaba el respirar, y además poniale candelas encendidas en el cerebro. Por más que él soplabá para apagarlas y poder dormirse, no lo podía conseguir. Su tía estaba con él un poco seria. Sin duda sospechaba algo, y como persona de mucho pesquis, no se tragaba ya aquellas bolas del estudiar fuera de casa y de los amigos enfermos á quienes era preciso velar. A los dos días de aquel en que el exaltado mozo se arrancó á prometer su mano, doña Lupe tuvo con él una grave conferencia. El semblante de la señora no revelaba tan sólo recelo, sino profunda pena, y cuando llamó á su sobrino para encerrarse con él en el gabinete, éste sintió desvanecerse su valor. Quitóse la señora el manto y lo puso sobre la cómoda bien doblado. Después de clavar en él los alfileres, mirando á su sobrino de un modo que le hizo estremecer, le dijo: «Tengo que hablarte *detenidamente*.» Siempre que su tía empleaba el *detenidamente*, era para echarle un réspice.

—¿Tienes hoy jaqueca?—le preguntó después doña Lupe.

Maximiliano estaba muy bien de la cabeza; pero para colocarse en buena situación, dijo que sentía principios de jaqueca. Así doña Lupe tendría compasión de él. Dejóse caer en un sillón y se comprimió la frente.

—Pues se trata de una mala noticia—aseveró la viuda de Jáuregui;—quiero decir, mala,

precisamente mala no..., aunque tampoco es buena.

Rubín, sin comprender á qué podía referirse su tía, barruntó que nada tenía que ver aquello con sus amores clandestinos, y respiró. La opresión del epigastrio se le hizo más ligera, y se acabó de tranquilizar al oír esto:

—La noticia no ha de afectarte mucho. ¿Para qué tanto rodeo? Tu tía doña Melitona Llorente ha pasado á mejor vida. Mira la carta en que me lo dice el señor cura de Molina de Aragón. Murió como una santa; recibió todos los Sacramentos y dejó treinta mil reales para misas.

Maximiliano conocía muy poco á su tía materna. La había visto sólo dos ó tres veces siendo muy niño, y no vivía en su imaginación sino por las rosquillas y el arrope que mandaba de regalo todos los años en vida de D. Nicolás Rubín. La noticia del fallecimiento de esta buena señora le afectó poco.

—Todo sea por Dios—murmuró por decir algo.

Doña Lupe se volvió de espaldas para abrir el cajón de la cómoda, y en esta postura le dijo:

—Tú y tus hermanos heredáis á Melitona, que por mis cuentas debía de tener un capitalito sano de veinte ó veinticinco mil duros.

Maximiliano no oyó bien por estar su tía de espaldas, y aquello le interesaba tanto, que se levantó, puso un codo sobre la cómoda y

allí se hizo repetir el concepto para enterarse bien.

—Esas son mis cuentas—agregó doña Lupe;—pero ya ves que en los pueblos no se sabe lo que se tiene y lo que no se tiene. Probablemente la difunta emplearía algún dinero en préstamos, que es como tirarlo al viento. Se cobra tarde y mal, cuando se cobra. De modo que no os hagáis muchas ilusiones. Cuando Juan Pablo venga á Madrid, irá á Molina de Aragón á enterarse del testamento y recoger lo que es vuestro.

—Pues que vaya inmediatamente—dijo Maximiliano dando una palmada sobre la cómoda;—pero aquello de llegar y en la misma estación coger el billete y zas... al tren otra vez.

—Hombre, no tanto. Tu hermano está en Bayona. Lo mejor es que se pase por Molina antes de venir á Madrid. Le escribiré hoy mismo. Sosiégate; tú eres así, ó la apatía andando ó la pura pólvora... Eso es ahora, que antes, para mover un pie le pedías licencia al otro. Te has vuelto muy atropellado.

Le miró de un modo tan indagador, que al pobre chico se le volvieron á abatir los ánimos. Era hombre de carácter siempre que su tía no le clavase la flecha de sus ojuelos pardos y sagaces; y vióse tan perdido que se apresuró á variar la conversación, preguntando á su tía cuántos años tenía doña Melitona. Estuvo la señora de

Jáuregui un ratito haciendo cuentas, estirado el labio inferior, la cabeza oscilando como un péndulo y los ojos vueltos al techo, hasta que salió una cifra, de la cual Maximiliano no se hizo cargo. Volvió después doña Lupe á tomar en boca la metamorfosis de su sobrino, deslizando algunas bromitas, que á éste le supieron á cuerno quemado. «Ya se ve, con esos estudios que haces ahora en casa de los amigos te habrás vuelto un pozo de ciencia... A mí no me venegas con fábulas. Tú te pasas el día y la mitad de la noche en alguna conspiración..., porque por el lado de las mujeres no temo nada, francamente. Ni á ti te gusta eso, ni puedes, aunque te gustara...»

Aquel *ni puedes* incomodaba tanto al joven y le parecía tan humillante, que á punto estuvo de dar á su tía un mentís como una casa. Pero no pasó de aquí, pues doña Lupe tuvo que ocuparse de cosas más graves que averiguar si su sobrino podía ó no podía. Papitos fué quien le salvó aquel día, atrayendo á sí toda la atención del ama de la casa. Porque la mona aquella tenía días. Algunos lo hacía todo tan bien y con tanta diligencia y aseo, que doña Lupe decía que era una perla. Pero otros no se la podía aguantar. Aquel día empezó de los buenos y concluyó siendo de los peores. Por la mañana había cumplido admirablemente; estuvo muy suelta de lengua y de manos, haciendo garatu-

sas y dando brincos en cuanto la señora le quitaba la vista de encima. Semejante fiebre era señal de próximos trastornos. En efecto, por la tarde dividió en dos la tapa de una sopera, y desde entonces todo fué un puro desastre. Cuando se enfurruñaba creeríase que hacía las cosas mal adrede. Le mandaban esto y se salía con lo otro. No se pueden contar las faltas que cometió en una hora. Bien decía doña Lupe que tenía los demonios metidos en el cuerpo y que era mala, pero mala de veras, una sinvergüenza, una mal criada y una calamidad... *en toda la extensión de la palabra*. Y mientras más repelones le daban, peor que peor. Pasó tanta agua del puchero del agua caliente al puchero de la verdura, que ésta quedó encharcada. Los garbanzos se quemaron, y cuando fueron á comerlos amargaban como demonios. La sopa no había cristiano que la pasara de tanta sal como le echó aquella condenada. Luego era una insolente, porque en vez de reconocer sus torpezas decía que la señora tenía la culpa, y que ella, la muy piojosa, no estaría allí ni un día más, porque *misté... en cualquiera parte la tratarían mejor*. Doña Lupe discutía con ella violentamente, argumentando con crueles pellizcos, y añadiendo que estaba autorizada por la madre para descuartizarla si preciso era. A lo que Papitos contestaba echando lumbre por los ojos: «¡Ay, hija, no me descuartice usted tanto!» Este solía ser el período culminante de la

disputa, que concluía dándole la señora á su sirviente una gran bofetada y rompiendo la otra á llorar... Los disparates seguían, y al servir la mesa ponía los platos sobre ella sin considerar que no eran de hierro. Doña Lupe la amenazaba con mandarla á la *galera*, ó con llamar una pareja, con escabecharla y ponerla en salmuera, y poco á poco se iba aplacando la fierecilla hasta que se quedaba como un guante.

VI

Maximiliano, gozoso de ver que su tía, con aquel gran alboroto, no se ocupaba de él, poníase de parte de la autoridad y en contra de Papitos. Sí, sí; era muy mala, muy descarada, y había que atarla corto. Azuzaba la cólera de doña Lupe para que ésta no se revolviere contra él hablándole de su cambio de costumbres y de lo que hacía fuera de casa.

Doña Lupe fué aquella noche á casa de las de la Caña, y se estuvo allá las horas muertas. Maximiliano entró á las once. Había dejado á Fortunata acostada y casi dormida, y se retiró decidido á afrontar las chafalditas de su tía y á explicarse con ella. Porque después del caso de la herencia, ya no podía dudar de que la Providencia le favorecía, abriéndole camino. Nunca había sido él muy religioso; pero aquella noche

parecía desacato y aun ingratitud no consagrar á la divinidad un pensamiento, ya que no una oración. Estaba como un demente. Por el camino miraba á las estrellas y las encontraba más hermosas que nunca, y muy mironas y habladoras. A Fortunata, sin mentarle la herencia por respeto á la difunta, le dijo algo de sus fincas de Molina de Aragón, y de qué si el dinero en hipotecas era el mejor dinero del mundo. A veces su imaginación agrandaba las cifras de la herencia añadiéndole ceros, «porque esa gente de los pueblos no gasta un cuarto, y no hace más que acumular, acumular...»

Los faroles de la calle le parecían astros; los transeuntes excelentes personas, movidas de los mejores deseos y de sentimientos nobilísimos. Entró en su casa resuelto á espontanearse con su tía... «¿Me atreveré?—pensaba.—Si me atreviera... ¿Y qué hay de malo en esto? En último caso, ¿qué puede hacer mi tía? ¿Acaso me va á comer? Si me niega el derecho de casarme con quien me dé la gana, ya le diré yo cuántas son cinco. No se conoce el genio de las personas hasta que no llega la ocasión de mostrarlo.» A pesar de estas disposiciones belicosas, cuando Papitos le dijo que la señora no había vuelto todavía, quitósele de encima un gran peso, porque, en verdad, la revelación del secreto y el cisco que había de seguirle eran para acoquinar al más pintado. No le arredraba el miedo de ser

vencido, porque su amor y su misión le darían seguramente coraje; pero convenía proceder con tacto y diplomacia, pensar bien lo que iba á decir para no ofender á su tía, y, si era posible, ponerla de su parte en aquel tremendo pleito.

Se fué á la cocina detrás de Papitos, siguiendo una costumbre antigua de hacer tertulia y de entretenerse en pláticas sabrosas cuando se encontraban solos. Un año antes, la criadita y el estudiante se pasaban las horas muertas en la cocina contándose cuentos ó proponiéndose acertijos. En éstos era fuerte la chiquilla. Sus carcajadas se oían desde la calle cuando repetía la adivinanza, sin que el otro la pudiera acertar. Maximiliano se rascaba la cabeza, aguzando su entendimiento; pero la solución no salía. Papitos le llamaba zote, bruto y otras cosas peores sin que él se ofendiera. Tomaba su revancha en los cuentos, pues sabía muchos, y ella los escuchaba con embeleso, abierta la boca de par en par y los ojos clavados en el narrador. Aquella noche estaba Papitos de muy mal temple por la soba que se había llevado, y le tenía mucha tirria al señorito, porque no se puso de su parte en la contienda como otras veces. «Feo, tonto—le dijo aguzando la jeta cuando le vió sentarse en la mesilla de pino de la cocina.—Acusón, patoso... memo en polvo.»

Maximiliano buscaba una fórmula para pedirle perdón sin menoscabo de su dignidad de

señorito. Sentíase con impulsos de protección hacia ella. Verdad que habían jugado juntos; que el año anterior, á pesar de la diferencia de edades, eran tan niños el uno como el otro, y se entretenían en enredos inocentes. Pero ya las cosas habían cambiado. Él era hombre, ¡y qué hombre!, y Papitos una chiquilla retozona sin pizca de juicio. Pero tenía buena índole, y cuando sentara la cabeza y diera un estirón sería una criada inapreciable. La chiquilla, después que le dijo todas aquellas injurias, se puso á repasar una media, en la cual tenía metida la mano izquierda como en un guante. Sobre la mesa estaba su estuche de costura, que era una caja de tabacos. Dentro de ella había carretes, cintajos, un canuto de agujas muy roñoso, un pedazo de cera blanca, botones y otras cosas pertinentes al arte de la costura. La cartilla en que Papitos aprendía á leer estaba también allí, con las hojas sucias y reviradas. El quinqué de la cocina, con el tubo ahumado y sin pantalla, iluminaba la cara gitanesca de la criada, dándole un tono de bronce rojizo, y la cara pálida y serosa del señorito, con sus ojeras violadas y sus granulaciones alrededor de los labios.

—¿Quieres que te tome la lección?—dijo Rubín cogiendo la cartilla.

—Ni falta... canijo, espátula; *paice* un garabito... No quiero que me tome *lición*—replicó la chica remedándole la voz y el tono.

—No seas salvaje... Es preciso que aprendas á leer para que seas mujer completa—dijo Rubín esforzándose en parecer juicioso.—Hoy has estado un poco salida de madre, pero ya eso pasó. Teniendo juicio, se te mirará siempre como de la familia.

—*Miá éste!*... Me zampo yo á la familia...— chilló la otra remedándole y haciendo las morisquetas diabólicas de siempre.

—No te abandonaremos nunca—manifestó el joven henchido de deseos de protección.—¿Sabes lo que te digo?... Para que lo sepas, chica; para que lo sepas, ten entendido que cuando yo me case..., cuando yo me case, te llevaré conmigo para que seas la doncella de mi señora.

Al soltar la carcajada se tendió Papitos para atrás con tanta fuerza, que el respaldo de la silla crujió como si se rompiera.

—¡Casarse él, *vusté!*... Memo, más que memo, ¡casarse!—exclamó.—Si la señorita dice que *vusté* no se puede casar... Si, se lo decía á doña Silvia la otra noche.

La indignación que sintió Maximiliano al oír este concepto fué tan viva, que de manifestarse en hechos habría ocurrido una catástrofe. Porque tal ultraje no podía contestarse sino agarrando á Papitos por el pescuezo y estrangulándola. El inconveniente de esto consistía en que Papitos tenía mucha más fuerza que él.

—Eres lo más animal y lo más grosero...—

balbució Rubín—que he visto en mi vida. Si no te curas de esas tonterías, nunca serás nada.

Papitos alargó el brazo izquierdo, en que tenía la media, y asomando sus dedos por los agujeros, le cogió la nariz al señorito y le tiró de ella.

—¡Que te estés quieta!... ¡vaya!... Tú no te has llevado nunca una solfa buena, y soy yo quien te la va á dar... ¿Y por qué son esas risas estúpidas?... ¿Porque he dicho que me caso? Pues sí, señor, me caso porque me da la gana.

Tiempo hacía que Maximiliano deseaba hablar de aquella manera con alguien, y manifestar su pensamiento libre y sin turbación. La confidencia, que tan difícil era con otra persona, resultaba fácil con la cocinerita, y el hombre se creció después de dichas las primeras palabras.

—Tú eres una inocente—le dijo poniéndole la mano en el hombro;—tú no conoces el mundo, ni sabes lo que es una pasión verdadera.

Al llegar á este punto, Papitos no entendió ni jota de lo que su señorito le decía... Era un lenguaje nuevo, como eran nuevas la expresión de él y la cara seria que puso. No ponía aquella cara cuando contaba los cuentos.

—Porque, verás tú—continuó Rubín, expresándose con alma:—el amor es la ley de las leyes; el amor gobierna el mundo. Si yo encuentro la mujer que me gusta, que es la mitad, si

no la totalidad de mi vida, una mujer que me transforme, inspirándome acciones nobles y dándome cualidades que antes no tenía, ¿por qué no me he de casar con ella? A ver, que me lo digan; que me den una razón, media razón siquiera... Porque tú no me has de salir con argumentos tontos; tú no has de participar de esas preocupaciones por las cuales...

Al llegar aquí, el orador se embarulló algo, y no ciertamente por miedo á la dialéctica de su contrario. Papitos, después de asombrarse mucho de la solemnidad con que el señorito hablaba y de las cosas incomprensibles que le decía, empezó á aburrirse. Siguió Maximiliano descargando su corazón, que otra coyuntura de desahogo como aquella no se le volvería á presentar, y por fin la niña estiró el brazo izquierdo sobre la mesa, y como estaba tan fatigada del ajeteo de aquel día y de los coscorriones, hizo del brazo almohada y reclinó su cabeza en ella. En aquel momento, Maximiliano, exaltado por su propia elocuencia, se dejó decir: «La única razón que me dan es que si ha sido ó no ha sido esto ó lo otro. Respondo que es falso, falsísimo. Si hay en su existencia días vergonzosos, y no diré tanto como vergonzosos, días borrascosos, días desventurados, ha sido por ley de la necesidad y de la pobreza, no por vicio... Los hombres, los señoritos, esa raza de Caín, corrompida y miserable, tienen la culpa... Lo digo y lo repito. La

responsabilidad de que tanta mujer se pierda recaer sobre el hombre. Si se castigara á los seductores y á los petimetres... la sociedad...

Papitos dormía como un ángel, apoyada la mejilla sobre el brazo tieso, y conservando en la mano de él la media, por cuyos agujeros asomaban los dedos. Dormía con plácido reposo, la cara seria, como si aprobase inconscientemente las perrerías que el otro decía de los seductores y aprovechara la lección para cuando le tocara. El propio calor de sus palabras llevó á Maximiliano á una exaltación que parecía insana. No podía estar quieto ni callado. Levantóse y fué por los pasillos adelante, hablando solo en baja voz y haciendo gestos. El pasillo estaba oscuro; pero él conocía tan bien todos los rincones, que andaba por ellos sin vacilación ni tropiezo. Entró en la sala, que también estaba á oscuras; penetró en el gabinete de su tía, que á la misma boca de un lobo se igualara en lo tenebroso, y allí se le redobló la facundia, y la energía de sus declamaciones rayaba en frenesí. Apoyando las cláusulas con enfático gesto, se le ocurrían frases de admirable efecto contundente, frases capaces de tirar de espaldas á todos los individuos de la familia si las oyeran. ¡Qué lástima que no estuviera allí su tía!... Como si la estuviera viendo, le soltó estas atrevidas expresiones: «Y para que lo sepa usted de una vez, yo no cedo ni puedo ceder, porque sigo en esto el impulso

de mi conciencia, y contra la conciencia no valen pamplinas, ni ese cúmulo, ese cúmulo, sí, señora, de... preocupaciones rancias que usted me opone. Yo me caso, me caso, y me caso, porque soy dueño de mis actos, porque soy mayor de edad, porque me lo dicta mi conciencia, porque me lo manda Dios; y si usted lo aprueba, ella y yo le abriremos nuestros amantes brazos y será usted nuestra madre, nuestra consejera, nuestra guía...»

Vamos, que sentía de veras no estuviese delante de él en el sillón de hule la propia viuda de Jáuregui en imagen corpórea, porque de fijo le diría lo mismo que estaba diciendo ante su imagen figurada y supuesta. Después salió otra vez al pasillo, donde continuó la perorata, paseándose de un extremo á otro, y gesticulando á favor de la obscuridad. La soledad, el silencio de la noche y la poca luz favorecen á los tímidos para su comedia de osados y lenguaraces, teniéndose á sí mismos por público y envalentonándose con su fácil éxito. Maximiliano hablaba quedito; sus fuertes manotadas no correspondían al diapasón bajo de las palabras, cuya vehemencia sofocada las hacía parecer como un ensayo.

Cuando doña Lupe llamó á la puerta, su sobrino le abrió, y pasmóse ella de que estuviera en pie todavía. «¡Qué despabilado está el tiempo!», dijo la señora con cierto retintín que hizo

estremecer al joven, limpiando súbitamente su espíritu de toda idea de imprudencia, como se limpia de sombras un farol cuando aparece dentro de él la llama del gas. Al oír la campanilla, acudió la chica dando traspies y restregándose los ojos. Doña Lupe no dijo más que: «á la cama todo Cristo». Era muy tarde y Papitos tenía que madrugar. El sobrino y la cocinerita entraron sin hacer ruido en sus respectivas madrigueras, como los conejos cuando oyen los pasos del cazador.

VII

La declaración de Maximiliano había puesto á Fortunata en perplejidad grande y penosa. Aquella noche y las siguientes durmió mal por la viveza del pensar y las contradictorias ideas que se le ocurrían. Después de acostada tuvo que levantarse, y se arrojó liada en una manta en el sofá de la sala; pero no se quedaban las cavilaciones entre las sábanas, sino que iban con ella adondequiera que iba. La primera noche dominaron al fin, tras largo debate, las ideas afirmativas. «Casarme yo, y casarme con un hombre de bien, con *una persona decente!*...» Era lo más que podía desear... ¡Tener un nombre, no tratar más con gentuza, sino con caballeros y señoras! Maximiliano era un bienaventurado, y seguramente la haría feliz. Esto pen-

saba por la mañana, después de lavarse y encender la lumbre, cuando cogía la cesta para ir á la compra. Púsose el manto y el pañuelo por la cabeza, y bajó á la calle. Lo mismo fué poner el pie en la vía pública que sus ideas variaron.

—¡Pero vivir siempre con este chico... tan feo como es! Me da por el hombro, y yo le levanto como una pluma. Un marido que tiene menos fuerza que la mujer, no es, no puede ser marido. El pobrecillo es un bendito de Dios; pero no le podré querer aunque viva con él mil años. Esto será ingratitud; pero ¿qué le vamos á hacer?, no lo puedo remediar...

Tan distraída estaba, que el carnicero le preguntó tres veces lo que quería sin obtener respuesta. Por fin se enteró. «Hoy no llevo más que media libra de falda para el cocido y una chuletita de lomo. Señor Paco, pésemelo bien.»

—Tome usted, simpatía, y mande.

También compró dos onzas de tocino; luego una brecolera en el puesto de verduras de la carnicería, y en la tienda de la esquina, arroz, cuatro huevos y una lata de pimientos morrones. Al volver á su casa revisó la lumbre, y se puso á limpiar y á barrer. Mientras quitaba el polvo á los muebles, volvió al tema: «No se encuentra todos los días un hombre que quiera echarse encima una carga como esta.»

Hizo la cama y después empezó á peinarse.